

19 ABRIL 2020
2º DOM PASCUA-A



1. CONTEXTO

RESUCITADO POR DIOS

Nunca podremos precisar el impacto de la ejecución de Jesús sobre sus seguidores. Solo sabemos que los discípulos huyeron a Galilea. Más que hombres sin fe son ahora discípulos desolados que huyen del peligro, desconcertados ante lo ocurrido.

Sin embargo, al poco tiempo sucede algo difícil de explicar. Estos hombres vuelven de nuevo a Jerusalén y se reúnen en nombre de Jesús, proclamando a todos que el profeta injusticiado días antes por las autoridades del templo y los representantes del Imperio está vivo. ¿Qué ha ocurrido para que abandonen la seguridad de Galilea y se presenten de nuevo en Jerusalén, un lugar realmente peligroso donde pronto serán detenidos y perseguidos por los dirigentes religiosos? ¿Quién los ha arrancado de su cobardía y desconcierto? ¿Por qué hablan ahora con tanta autoridad y convicción? ¿Por qué vuelven a reunirse en nombre de aquel a quien han abandonado al verlo condenado a muerte? Ellos solo dan una respuesta: “Jesús está vivo. Dios lo ha resucitado”. Su convicción es unánime e indestructible. La podemos verificar, pues aparece en todas las tradiciones y escritos que han llegado hasta nosotros.

De diversas maneras y con lenguajes diferentes, todos confiesan lo mismo: “La muerte no ha podido con Jesús; el crucificado está vivo. Dios lo ha resucitado”. Los seguidores de Jesús saben que están hablando de algo que supera a todos los humanos. Nadie sabe por experiencia qué sucede exactamente en la muerte, y menos aún qué le

puede suceder a un muerto si es resucitado por Dios después de su muerte. La idea de resurrección la expresan con dos términos: “despertar” y “levantar”. En todas las formulas que emplean para expresar esa experiencia hablan de la “resurrección”.

Esta resurrección no es un retorno a su vida anterior en la tierra. Jesús no regresa a esta vida biológica que conocemos para morir un día de manera irreversible. No es la reanimación de un cadáver. Es mucho más. Jesús no vuelve a esta vida, sino que entra definitivamente en la “Vida” de Dios. Una vida liberada donde ya la muerte no tiene ningún poder sobre él.

Tampoco han entendido los seguidores de Jesús su resurrección como una especie de supervivencia misteriosa de su alma inmortal, al estilo de la cultura griega. El resucitado no es alguien que sobrevive después de la muerte despojado de su corporalidad. Ellos son hebreos y, según su mentalidad, el “cuerpo” no es simplemente la parte física o material de una persona, algo que se puede separar de otra parte espiritual. El “cuerpo” es toda la persona tal como ella se siente enraizada en el mundo y conviviendo con los demás; cuando hablan de cuerpo están pensando en la persona con todo su mundo de relaciones y vivencias, con toda su historia de conflictos y heridas, de alegrías y sufrimientos. Para ellos es impensable imaginar a Jesús resucitado sin cuerpo: sería cualquier cosa menos un ser humano. Pero, no están pensando en un cuerpo físico, de carne y hueso, sometido al poder de la muerte, sino en un “cuerpo glorioso” que recoge y da plenitud a su vida concreta desarrollada en este mundo.

Este encuentro con Jesús resucitado es un regalo. Los discípulos no hacen nada para provocarlo. Los relatos insisten en que es Jesús el que toma la iniciativa. Es él quien se les impone lleno de vida, obligándoles a salir de su desconcierto e incredulidad. Los discípulos se ven sorprendidos cuando Jesús se deja ver en el centro de aquel grupo de hombres atemorizados. María Magdalena anda buscando un cadáver cuando Jesús la llama. Nadie está esperando a Jesús resucitado. Es él quien se hace presente en sus vidas desbordando todas sus expectativas. Aquello es una “gracia” de Dios, como decía Pablo.

Se trata, según los relatos, de una experiencia pacificadora que los reconcilia con Jesús. Los discípulos saben que lo han abandonado. Aquella pena que hay en su corazón no es solo tristeza por la muerte de Jesús; es la tristeza del culpable. Sin embargo, los relatos no registran ningún recuerdo de reproche o condena. El encuentro con Jesús es una experiencia de perdón. Se pone repetidamente en sus labios un saludo significativo: “La paz con vosotros” (*Juan 20,19.21.26; Lucas 24,36*). El resucitado les regala la paz y la bendición de Dios, y los discípulos se sienten perdonados y aceptados de nuevo a la comunión con él.

(José A. Pagola. **JESÚS. Aproximación histórica. PPC. Madrid 2007. 411-419**)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: HECHOS 2, 42-47

Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones.

Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que los apóstoles hacían en Jerusalén. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes, y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.

A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos, alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo, y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando.

En este pasaje Lucas nos narra **cómo eran los cristianos del primer amor, siempre fresco**. Fue la primavera de la Iglesia. Es una idealización presentada como modelo de vida para cualquier comunidad.

Después no siempre fue así, -incluso estando todavía algunos apóstoles vivos-, pero quedó como las florecillas de S. Francisco, vivas y frescas, siempre verdes y en retoño. Allí miraremos siempre los cristianos antiguos de hoy, cansados y torpes, para beber frescura y limpieza. **Los puntos claves:** predicación del evangelio, la oración, la celebración de la Eucaristía, la ayuda a los necesitados, la alegría y la unión entre todos.

- *¿Qué me sugiere esta vida de las primeras comunidades?*
- *¿Me da luz para cambiar algo mi vida personal y comunitaria?*

SALMO RESPONSORIAL: SAL 117

R. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia. R.

Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayudó; el Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación. Escuchad: hay cantos de victoria en las tiendas de los justos.- R.

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. R.

2ª LECTURA: 1 PEDRO 1, 3-9

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera, que os está reservada en el cielo. La fuerza de Dios os custodia en la fe para la salvación que aguarda a manifestarse en el momento final. Alegraos de ello, aunque de momento tengáis que sufrir un poco, en pruebas diversas: así la comprobación de vuestra fe -de más precio que el oro, que, aunque perecedero, lo aquilatan a fuego- llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo.

No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación.

Pedro, anciano y quizá prisionero, cercano a la muerte, escribe una especie de testamento, cordial, muy sentido. Su argumento principal es la necesidad y **el valor de la pasión del cristiano** a ejemplo y en unión con Cristo.

La carta está dirigida a **creyentes del Asia Menor**, probablemente en zonas rurales, que sufren dificultades al verse en medio de una sociedad mayoritariamente pagana.

La Resurrección es para el creyente un nuevo nacimiento, una nueva forma de ser y estar en el mundo. La esperanza es el motor en las pruebas y dificultades. Nuestra salvación es amar a Jesús aunque no lo hayamos visto. Vivir en continua alegría al estilo de Jesús.

Tomarlo como punto básico de referencia ya que, pese a todo, esperamos un final feliz.

EVANGELIO: JUAN 20,19-31

20,19-20 *Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros.» Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.*

En la escena se pueden reconocer rasgos de una **celebración eucarística**: día del Señor (domingo), presencia de Jesús en la comunidad, reconciliación por el perdón, recuerdo de la pasión, don del Espíritu.

Las puertas cerradas. Más bien atrancadas, cerradas no solo con llave sino también con una tranca de madera, así las cerraban. La situación en que se encuentran es de total desamparo y miedo por el ambiente hostil, esto les da inseguridad.

Jesús se presenta como había prometido: "No os voy a dejar desamparados, volveré con vosotros" (14,18). Aparece en el centro de su comunidad, porque él es la fuente de la vida, el punto de referencia, el factor de unidad, la vid en la que se insertan los sarmientos.

Les saluda con la paz porque están violentos tanto interna como externamente. Les devuelve la paz que les dejó en su despedida: *Os voy a decir esto para que unidos a mí, tengáis paz: en medio del mundo tenéis apuros, pero ánimo, que yo he vencido al mundo (16,33).*

Y no solo les devuelve la palabra y el deseo, lo acompaña con un **signo de victoria y de amor**: esas heridas que salvan, como leímos el viernes santo en el canto del siervo, (Is. 53,5).

Y les presenta las manos y la herida del costado, de la que había brotado sangre y agua (19,34) El que se presenta a los discípulos es el crucificado y del que había manado el río de agua viva destinado a regar toda la tierra.

Es curioso que mencione las manos cuando nada ha dicho de ellas en las escenas de la crucifixión. **Son las manos que dan seguridad** a los discípulos, que los defiende de cualquier peligro.

El miedo será vencido con el saludo de la paz pascual, la duda y el desánimo con la identificación corporal. Jesús atraviesa las barreras externas e internas del hombre.

21-23 *Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»*

Jesús repite el saludo. Con el primero pretendía liberarlos del miedo. Con este segundo saludo quiere que la paz sea **la portadora de la misión que les deja**.

La misión es tan esencial a los discípulos que los eligió para ella: *"os elegí yo a vosotros y os destiné a que os marchéis, produzcais fruto y vuestro fruto dure"* (15,16). La misión es la misma que la suya: *"igual que me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo"* (17,18). **Consiste en dar testimonio** en favor de la verdad, manifestar con obras la persona del Padre y su amor a los hombres. Y van a un mundo que los odia como lo odió a él y que pensará rendir homenaje a Dios cuando les den muerte (16,2).

Y para esta misión Jesús les infunde el aliento de la vida, el Espíritu. Es la savia de la vid, que lo identifica con Jesús, les enseña, recordándole su mensaje y los mantiene en su amor. **Es el que les dará seguridad frente al mundo**.

Y les confiere un **proyecto alternativo de vida**: la liberación de las ataduras injustas, el pecado. Tanto personales como colectivas. No es misión de la comunidad juzgar a los hombres sino hacer brillar en el mundo la gloria-amor del Padre y así hacer presente a Jesús.

24-25 *Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.»*

La incredulidad y la fe posterior de Tomás es prototipo de los no creyentes que necesitan tocar y experimentar y que no escuchan el testimonio de los que han visto a

Jesús. Tomás para creer que Jesús vive, pone como condición una señal para él solito. Jesús, que no abandona a los suyos, se la concede, pero no aisladamente, sino en el seno de la comunidad. **Los cristianos de hoy** con nuestras dudas y rechazos no vamos a tener complejo de inferioridad respecto a los primeros testigos. También a ellos les costaba creer.

26-29 *A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, se puso en medio y dijo: «Paz con vosotros.» Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «Señor mío y Dios mío.» Jesús le dijo: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que crean sin haber visto.»*

Jesús se presenta en medio de todos, exactamente como el domingo anterior. A Tomás no le va a dedicar una aparición a solas; en medio de la comunidad podrá ver a Jesús y profesar su fe.

Siempre que Jesús se hace presente entre los suyos **lleva en sí el recuerdo de su muerte** por sus amigos. La demostración de que el Resucitado es verdaderamente el Crucificado forma parte de la tradición.

Juan insiste fuertemente en el aspecto físico de la prueba que Tomás requiere. La resurrección no lo despoja de la condición humana anterior, sino que es la condición humana llevada a su cumbre.

El reproche de Jesús: *«Porque me has visto has creído»* se refiere a la negativa de Tomás de creer en el testimonio de la comunidad, exigiendo una experiencia individual, separada de ella.

La experiencia de Tomás no es modelo; Jesús se la concede para evitar que se pierda uno de los que el Padre le ha entregado (17,12). Tomás ha invertido los términos: sin escuchar a los otros discípulos quiere encontrarse con Jesús; pero a Jesús no se le encuentra sino **en la nueva realidad de amor que existe en la comunidad**. La experiencia de ese amor (*sin haber visto*) es la que lleva a la fe en Jesús vivo (*llegan a creer*); al aceptarlo como norma de vida, el discípulo tendrá la experiencia/visión personal de Jesús (14,21).

30-31 *Muchos otros signos que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.*

Para el evangelista, la vida de Jesús significa ante todo un conjunto de hechos, a los que llama señales, a través de los cuales ha manifestado su gloria, su amor al hombre. El autor ha hecho una selección; la experiencia de los discípulos fue mucho más amplia de lo que está contado en el evangelio. **Jesús ha creado un grupo de testigos**.

El objetivo de la obra es suscitar la fe. El autor ha elegido aquellos rasgos de Jesús que pueden mover a esa fe y que bastan para llegar a ella. Fe en Jesús, el que ha realizado las pruebas de un amor que libera, que ha sido condenado y muerto, pero que ha resucitado y por eso es el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios.

3. PREGUNTAS...

1. EN EL ATARDECER...CON MIEDO

El miedo los atrapa y los incapacita. Solo cuando se presenta el Resucitado se transforman. Recuperan la confianza, desaparecen los miedos, encuentran la paz y la alegría.

También nosotros en el atardecer de cualquier día, estando con las puertas cerradas de nuestro corazón, abatidos y temerosos, si algo nos tintinea por dentro, podemos encontrar al Resucitado trayendo deseos de paz y de esperanza en estos tiempos difíciles del coronavirus.

Para encontrar al Señor no es necesario emprender largos viajes a santuarios famosos, o retirarse lejos de todos.. Nos cruzamos con él en **las habitaciones de los hospitales** donde se atiende a tantos enfermos con dedicación y ternura, exponiendo incluso la propia vida. Lo vemos en tantos **servidores públicos** (policías, repartidores, dependientas de supermercados, etc) que se esfuerzan en atender a las necesidades de todos en estos tiempos de pandemia.

Porque si se ama, se encuentra al Señor cada día. Solo hay que cambiar la mirada y el ritmo del corazón. Y **dejarle sitio "en medio" de nuestra vida**. Porque bien es verdad que Jesús Resucitado está en el centro de la iglesia, pero su presencia viva no está arraigada en nosotros. Sabemos, predicamos y pensamos mucho, pero vivimos poco: **su presencia, su fuerza, su alegría, su paz**. Hablamos mucho de él, pero lo experimentamos poco. Y solo se transmite, de verdad, lo que se vive.

Y seamos sinceros: en la Iglesia se habla mucho de Jesús, se enseña y se celebra. Pero en el corazón de muchos (cristianos de a pié y de cierta responsabilidad eclesial) **no está presente Jesús, como fuerza y dinamismo**. Está oculto por tradiciones, costumbres y rutinas que lo dejan en un segundo plano. Celebramos la cascara y no "saboreamos" el meollo de nuestra fe.

- *¿Me cierro por miedo?*
- *¿En qué cosas tengo ocupado el corazón?*

2. LA ALEGRIA DEL RESUCITADO

El encuentro con el resucitado les produce una enorme alegría. Me gustaría profundizar un poquito en esta experiencia gozosa. Creo que es verdad, como dice **Castillo**, que **la teología cristiana se ha ocupado más del sufrimiento que de la alegría**. Y se ha preocupado más por las situaciones duras y costosas de la vida que por lo que nos proporciona felicidad, bienestar y satisfacción.

En los sermones se habla con frecuencia de la renuncia al placer, la mortificación del bienestar, la austeridad, el aguante y la resignación, mientras que apenas se escucha algo que nos impulse a procurar ser felices, a gozar de todo lo bueno que Dios ha puesto en el mundo y en la vida, disfrutar de lo placentero, lo sensible, lo corporal. Es una "deformación religiosa" apartar a Dios de lo más gozoso y feliz de nuestras vidas. Porque de la experiencia que cada cual tiene de Dios, así será su vida cristiana.

Nuestro querido **Papa Francisco** tuvo hace poco una homilía en la misa diaria donde definió «la alegría cristiana» como **«la respiración del cristiano»**. Porque

«un cristiano que no es alegre en el corazón —afirmó— no es un buen cristiano». La alegría, por lo tanto, «es la respiración, el modo de expresarse del cristiano». La alegría «no es algo que se compra o yo la hago con el esfuerzo: no, **es un fruto del Espíritu Santo**». Porque, recordó, Quien causa «la alegría en el corazón es el Espíritu Santo».

- *¿Sé llevar paz y alegría a los hermanos que Dios ha puesto en mi camino?*

3. LOS SIGNOS VISIBLES

Necesitamos palpar, necesitamos meter los dedos, es verdad. Porque necesitamos signos visibles. Pero los que tienen **la fe y el corazón alerta**, encuentran signos de Jesucristo vivo a lo largo de los días y los meses. Aunque no lo vean con sus ojos, lo descubren presente en el camino.

Vemos cómo este confinamiento nos hace volver a los valores esenciales, como la vida, el amor y la solidaridad, y nos obliga a relativizar muchas cosas que hasta ahora creíamos indispensables e intocables.

Vemos el cariño de Dios en **la acogida** que cada día se hace al que está tirado por las calles, sin casa ni cobijo. Vemos la paz de Jesús en la escucha paciente a los ancianos. Vemos la justicia de Dios en el ansia de aquellos luchadores de los derechos humanos. Vemos en esta ayuda solidaria que todos dependemos unos de otros: la salud de uno depende de la salud del otro. En estas semanas hemos visto gestos conmovedores de **solidaridad y entrega**, no dando solo lo que les sobra sino compartiendo lo que se tiene.

- *¿Me cuesta captar los signos? ¿Es que no son visibles o es que soy cegato? ¿En qué tengo que cambiar?*

4. LAS HERIDAS QUE CURAN

Jesús enseña sus heridas. Hoy también enseña sus heridas. Los crucificados de hoy no están expuestos en la colina; no hay clavos ni maderos por las calles; pero los vemos por todos los rincones del mundo: **países** que pasan hambre, **refugiados** sin tierra y sin dinero, emigrantes acorralados en campos de concentración, **pobres** sin posibilidad de salir de su pobreza, **ancianos** solos, mucha gente sin techo ni hogar, sin esperanza, sin amor, enfermos que no pueden más. ¡Están crucificados, y tienen las heridas bien sangrantes!

El Viernes Santo cuando leíamos el poema del Siervo Sufriente de Isaías, había una frase profunda que da mayor sentido a esta reflexión: "y en sus heridas nos hemos curados"(Is.53, 5). **Solamente nos curamos** si metemos nuestros dedos en sus heridas frescas de hoy. **Solamente conoceremos** al Resucitado si metemos el puño en su costado. Y meter el puño es comprometerse, complicarse hasta el final.

- *¿Qué heridas toco de cerca?*
- *¿Me he sentido curado, cuando he tocado estas heridas sangrantes de hoy?*